

INTRODUCCIÓN

El propósito de este trabajo es tomar parte en una discusión que ha estado presente entre los comentaristas de Aristóteles desde la antigüedad hasta nuestros días. La controversia ha girado en torno a la determinación del tipo de causalidad que Aristóteles atribuyó al Primer Motor Inmóvil propuesto en *Fís.* VII-VIII y *Met.* XII. A partir del análisis de los textos más relevantes al respecto, se verá de qué manera emerge una tensión entre esas dos obras que exige una aclaración en aras de la consistencia.

Un signo de la complejidad del problema es el tiempo durante el cual se ha mantenido viva la discusión en torno a él. Desde Teofrasto, sucesor de Aristóteles en el Liceo, hasta los comentaristas contemporáneos se puede rastrear dicha polémica. En ella, la creatividad ha sido empleada tanto como la agudeza intelectual para dar razón del problema que suscita la redacción de Aristóteles al momento de explicar la relación del Primer Motor con el mundo físico.

En particular, la discusión se ha centrado en dirimir si el tipo de causalidad que Aristóteles proyectó en el Primer Motor es de tipo eficiente o si más bien oficia como causa final. La versión de la teoría que aparece en *Fís.* VII-VIII, como se verá, parece inclinarse por la primera opción (*i.e.* a concebirlo como una causa eficiente), mientras que la de *Met.* XII parece hacerlo por la segunda (*i.e.* como causa final). No obstante, algunos aristotelistas han intentado acercar alguna de las dos versiones de la teoría a la alternativa que parece más lejana en un primer análisis. En lo que respecta a este trabajo, se tratará de ofrecer una reconstrucción del estado

de la cuestión y, a partir de ella, propondré algunos argumentos a favor de una de las posiciones que se pueden encontrar en el marco de esta polémica.

En lo que toca a la presentación del estado de la cuestión, se ha tenido que hacer una cuidadosa selección de los autores incluidos en ella, aunque se han tratado de incluir tanto comentaristas antiguos como medievales y contemporáneos. La lista de referencias podría ser interminable, pero el criterio de selección adoptado es la misma disputa que nos ocupa. A partir de ella se han incluido entre los comentaristas antiguos a Alejandro de Afrodisia, Simplicio y Filópono. Acudimos también en el primer capítulo a algunas de las objeciones del autor conocido como Pseudo Justino dirigidas en contra de Aristóteles y, en el último capítulo, también se hace una breve referencia al comentario de Temistio a la *Metafísica*.

Entre los múltiples comentarios medievales que hay a la obra de Aristóteles, he recurrido a los de Santo Tomás de Aquino, no sólo por lo valioso de sus observaciones sobre el texto, sino también para cotejar la ordenación que propone de las dos obras que nos ocuparán principalmente. La *acribeia* del Aquinate en la división de los textos de Aristóteles es difícilmente superable.

En lo que se refiere a los comentaristas contemporáneos del *corpus*, me he apoyado en la ya clásica paráfrasis de David Ross, aunque también acudiré a otras exposiciones del texto más recientes y haré referencia a los aristotelistas que se han ocupado explícitamente del problema que nos ocupa. Si bien en algunas partes del trabajo se asume una lectura distinta a la de algunos de ellos, en otras partes del mismo nos hemos visto beneficiados notablemente por sus observaciones sobre el texto de Aristóteles.

En vistas de darle un contexto a la postura que se defenderá en trabajo, los primeros dos capítulos serán dedicados a tratar dos asuntos que son clave para la comprensión general del problema y para su solución, a saber, la defensa aristotélica de la eternidad del movimiento y la introducción de una noción análoga de causalidad. El Primer Motor y sus atributos aparecen en el escenario de la filosofía aristotélica precisamente para explicar la eternidad del cambio y es ahí donde surge la pregunta acerca de cuál es el tipo de causa o explicación que se adjudica al Primer Motor.

El primer capítulo, por tanto, está dedicado a explicar las razones por las que Aristóteles sostuvo que el cambio es una realidad eterna, es decir,

INTRODUCCIÓN

que para todo movimiento siempre hay un movimiento anterior y otro posterior. En esta misma parte del trabajo revisaré algunas de las críticas que recibieron las tesis aristotélicas en este punto por parte de algunos comentaristas antiguos, lo cual nos permitirá enfatizar algunos aspectos de la teoría que no son evidentes en un primer análisis. Las argumentaciones de la *Física* y de la *Metafísica*, como se verá en su momento, se remiten de forma recurrente a esta concepción del movimiento y es precisamente ella la que reclama la presencia de un principio explicativo de naturaleza distinta al mundo, como es el caso del Motor Inmóvil.

El segundo tema que se expondrá en este trabajo es la noción aristotélica de *aitía*. La respuesta a la pregunta por el tipo de causalidad que ejerce el Primer Motor supone lo expuesto en este segundo capítulo. La postulación de una noción análoga de causalidad que se despliega en cuatro acepciones o especies distintas va más allá de las teorías que precedieron a Aristóteles y, curiosamente, fue una intuición que se disolvió en la filosofía helenística. A ese respecto, en este segundo capítulo se expondrá la teoría de las causas en sus líneas generales y ello nos permitirá argumentar a favor de una determinada posición en los capítulos finales de la tesis.

Intentaré mostrar de qué manera se articulan esas cuatro acepciones de causa, por lo que será necesaria una revisión no sólo de la teoría en general, sino también de su aplicación al análisis de los seres naturales. Abordaré el tema de por qué debe reconocerse una ordenación conforme a fines en la naturaleza según el Estagirita, así como el papel que juega el azar y la necesidad en el mundo natural. Esta explicación tiene un papel decisivo en la clarificación del tipo de poder causal atribuible al Primer Motor y, sobre todo, para la determinación del dominio de su acción causal. El recuento final de este capítulo nos revelará, entre otras cosas, por qué Aristóteles en *Fís.* VII-VIII y *Met.* XII no contempla al azar como una posible explicación de la eternidad del movimiento. En el origen de algunas discrepancias entre los comentaristas alrededor de la teoría del Primer Motor hay un profundo desacuerdo en la manera de concebir la noción aristotélica de causalidad, así que es importante ofrecer en esta parte del trabajo la base textual más apropiada para aclarar qué es lo que Aristóteles aceptaría como una causa eficiente o una final en los textos que se revisarán de *Fís.* VII-VIII y *Met.* XII. Detrás de algunas nuevas interpretaciones de la teoría del Primer Motor está presente, como intentaré mostrar, una consideración de la noción de causalidad que incluye algunos matices más bien tardíos que no son genuinamente

aristotélicos. Trataré de justificar esta observación a partir de los textos que se expondrán en ese segundo capítulo.

Una vez establecido lo anterior, en el tercer capítulo presentaré la primera versión de la teoría aristotélica del Motor Inmóvil, *i.e.* aquella que se puede reconstruir a partir de la lectura de las obras dedicadas principalmente al estudio de la naturaleza. Si bien la referencia principal de esta parte del trabajo son los libros VII y VIII de la *Física*, también recurriré a otros textos de filosofía natural que son claves para la discusión que nos ocupará a lo largo de nuestra exposición.

A partir del examen de esos textos, intentaré mostrar dos cosas. Primero, que Aristóteles desarrolló en esos pasajes una teoría en la que se postula un Primer Motor Inmóvil para dar razón exclusivamente de la eternidad del cambio. Después, que hay buenas razones para pensar que Aristóteles, al redactar esos trabajos, pensaba que tal principio explicativo tenía el papel de una causa eficiente que mantendría el movimiento desde siempre y para siempre. Directamente, como causa del movimiento de la primera esfera celeste y, de manera indirecta, del comportamiento del resto de las esferas, así como de la sucesión eterna de generaciones y corrupciones en el mundo sublunar. En el recuento final de la teoría, sin embargo, el texto de la *Física* parece no resolver del todo la pregunta acerca de cómo mueve un principio como el Primer Motor. Si bien hay una teoría muy bien elaborada para explicar las condiciones de posibilidad de esa relación causal, se echa de menos una explicación del todo satisfactoria acerca de cómo mueve efectivamente dicho principio, al ser de naturaleza distinta al mundo material. La dificultad, como se verá, se desprende de las mismas premisas de la teoría aristotélica del movimiento.

Esto último abrirá paso a la presentación de la segunda versión de la teoría que se recogerá en el cuarto capítulo de este trabajo. Ella se puede reconstruir, principalmente, a partir del libro XII de la *Metafísica*. En los pasajes que se revisarán podremos observar que la nueva postulación del Primer Motor supone la introducción de algunos planteamientos que no estaban presentes en el texto de la *Física*, aunque la comprensión cabal de este nuevo recuento exige el reconocimiento de un trasfondo que se remite a las obras de filosofía natural. Esto agudiza, obviamente, la dificultad que representa el hecho de que ambos libros parezcan sostener una posición diferente en el tema que nos ocupa, pues en muchos otros puntos coinciden los planteamientos o se complementan perfectamente entre sí.

INTRODUCCIÓN

En esta última parte del trabajo es donde introduciré la discusión más crítica con los comentaristas y fijaré cuál es el estado de la cuestión del problema ya mencionado. A partir de los elementos con los que se contará en ese momento, se podrá defender la hipótesis que se quiere sostener en este trabajo, a saber, que la explicación de las discrepancias entre las teorías de la *Física* y la *Metafísica* es que Aristóteles redefinió su postura entre ambas formulaciones con el fin de resolver los problemas que dejaba abierta la primera de ellas. Ello no implica, desde luego, que la segunda versión se pueda comprender cabalmente al margen de la primera, por lo que examinaré las diferentes propuestas que se han dado al respecto.

Lo anterior es, pues, lo que intentaré justificar a lo largo de este trabajo. La defensa de nuestra postura, sin embargo, implica la demostración previa de ciertas tesis. En primer lugar, se tendrá que justificar por qué la discrepancia entre las dos explicaciones de la relación del Primer Motor con el mundo no puede ser resuelta simplemente reduciendo una versión de la teoría a su contraparte. El hecho de que las dos versiones aparezcan en distintas obras, como intentaré hacer ver, no es una explicación suficiente de sus diferencias.

Un paso todavía anterior al recién mencionado será fijar nuestra postura en torno a las críticas que ha recibido recientemente la interpretación tradicional de *Met.* XII, que es la que se suscribe en este trabajo para confrontar dicho texto con la *Física*. En los últimos años ha tenido lugar una fuerte tendencia a interpretar dicha teoría en una dirección distinta a la tradicional, con el fin de aislar cualquier componente que no sea genuinamente aristotélico. Si bien me parece que en ese esfuerzo hay mucho de rescatable, intentaré mostrar que en el recuento final de la teoría que hacen los objetores de la lectura clásica no se alejan del todo de la posición que originalmente se quiere someter a revisión. De cara a mostrar que esto es así, se recogerán las principales objeciones que se han dirigido en contra de la interpretación clásica y ensayaré una defensa a su favor. A partir del resultado obtenido, se confrontará el talante del Motor Inmóvil que emerge de la *Metafísica* con el que se presentará en el capítulo tercero a partir de la exposición de la versión de la *Física*.

En la presentación que haré de los textos de Aristóteles recurriré principalmente a las traducciones de Marcelo Boeri (*Fis.* I, II, VII y VIII), Alejandro Vigo (*Fis.* III-IV) y Valentín García Yebra (*Metafísica*). En las referencias al resto de las obras de Aristóteles, así como a los *Diálogos* de Platón, recorro a las traducciones de la Biblioteca Clásica Gredos. Para la

Metafísica de Teofrasto sigo principalmente la versión de Miguel Candel y la de Marcelo Boeri para el texto del Pseudo Justino. Los casos en los que se introduce alguna variación a las traducciones citadas se indican con letra cursiva. La traducción de los pasajes citados de Filópono y Simplicio es nuestra.

Al final de la tesis presentaré el balance final de nuestro estudio y aprovecharé para introducir algunas observaciones de tipo sistemático acerca de la teoría aristotélica del Primer Motor. La historia de la filosofía, en efecto, no es una línea de pensamiento que se detenga en la mera reconstrucción de argumentos. Si bien la intención de este trabajo no es dar por cerrada una discusión que lleva abierta casi tanto tiempo como la existencia de la filosofía misma, lo que sí pretendo es aportar algunos elementos novedosos a dicha polémica, así como contribuir a su apertura en el contexto de la filosofía en lengua castellana como lo han hecho otros autores. La reflexión acerca de estas cuestiones es, sin duda, una labor encomendada a la filosofía, pues la naturaleza del asunto —i.e. la relación del mundo físico con entidades metafísicas—, no permite ser abordada por metodologías que no tengan una aspiración de totalidad como corresponde al saber filosófico.

Quiero expresar mi agradecimiento a quienes contribuyeron a la realización de este trabajo. Al Dr. Marcelo D. Boeri, por su generosa ayuda como director de la tesis defendida en la Universidad de Navarra para obtener el grado de Doctor. A la Facultad de Filosofía de la Universidad Panamericana, dirigida por la Dra. Rocío Mier y Terán, por las facilidades otorgadas para que se llevara a cabo esta investigación. A los Departamentos de Filosofía de las Universidades de los Andes, Navarra y St. Andrews por su hospitalidad. A los maestros, colegas y alumnos que tuvieron la amabilidad de discutir conmigo alguna parte del presente trabajo. En especial a Enrique Alarcón, Rafael Alvira, Laura Benítez, Juan García, Ángel Luis González, Alejandro Llano, Jorge Morán, José Antonio Robles, Ricardo Salles, Alejandro Vigo y Héctor Zagal, cuyos comentarios intenté recoger en el escrito definitivo. A Sarah Broadie por sus observaciones y el tiempo dedicado a la discusión de las partes principales del texto. A Sara García Peláez, José María Llovet, Karen Luna y Guillermo Ortiz por la revisión del manuscrito final.